

Katherine Mansfield

# El canario



LLAC

Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles



El canario

Katherine Mansfield, «The Canary», 1923.

**Adaptación colaborativa:**

Laboratorio de Lenguaje Accesible (LLAC), 2025.

**Lectores:**

Ana Belén Luis, Álex Rodríguez y Lucía Casado.

**Redacción:** Ainoa Santos y Cristina Sola.

**Coordinación:** Cristina Sola.

**Ilustración de la cubierta:**

Anónimo, «Canario común», hacia 1800.

**Ilustraciones:**

Página 8. Anónimo, «Mujer con canario», sin fecha.

Página 13. Cartel para una exposición (detalle), Nueva York, 1890.

Página 17. Ilustración victoriana, sin fecha.

Página 25. József Rippl-Rónai, *Mujer con jaula* (detalle), 1892.

Esta obra es para todo el mundo  
y no se puede comerciar con ella.

Katherine Mansfield

# El canario



Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles

LLAC, 2025



## El canario

¿Ves aquel clavo grande junto a la puerta?  
Aún me pongo triste al mirarlo,  
pero no lo quitaría por nada del mundo.

Me gusta pensar que siempre estará ahí,  
incluso después de mi muerte.  
A veces oigo a los vecinos que dicen:  
«Allí colgaba una jaula»  
y eso me consuela, porque ayuda a recordarlo.

¡No sabes cómo cantaba!  
Su canto era distinto al de los otros canarios,  
y esto no es imaginación mía.

La gente se paraba junto al portal a escucharlo:  
se apoyaban en la verja  
y se quedaban pensativos durante un rato.

Supongo que esto te parecerá un disparate,  
pero si lo hubieses oído pensarías como yo.  
A mí me parecía que cantaba canciones enteras,  
con un principio y un final.

Por la tarde, al acabar las tareas de la casa,  
me cambiaba la blusa  
y me sentaba en el balcón a coser.

Entonces él empezaba a saltar por toda la jaula  
y daba golpecitos en los barrotes  
para llamar mi atención.



Luego bebía un sorbo de agua,  
como hacen los cantantes profesionales,  
y, de repente, se ponía a cantar de tal forma  
que tenía que dejar de coser para escucharlo.

Todas las tardes pasaba lo mismo.  
Me parecía entender cada nota de su canto.  
No soy capaz de explicarte cómo cantaba,  
me gustaría describírtelo, pero no puedo.

¡Lo quería! ¡Cuánto lo quería!  
Quizá no importe mucho lo que una quiere,  
pero hay que querer algo.

Mi casa y el jardín llenaban un vacío en mi vida,  
pero no era suficiente.

Las flores son fáciles de cuidar y nos alegran,  
pero no se interesan por nuestra vida.

Hace tiempo quise a la estrella del atardecer...  
¿Te parece una tontería?  
Cuando se ponía el sol me sentaba en el jardín  
que hay detrás de la casa  
a esperar que saliera la estrella  
brillando sobre las ramas oscuras de los árboles.

Entonces le decía bajito:  
«¿Ya estás aquí, amor mío?».  
Y en ese momento parecía que la estrella  
brillaba solo para mí.  
Era como si me entendiera...

Yo sentía algo parecido a la nostalgia,  
pero no era nostalgia.  
Quizá era el dolor de lo que una echa de menos.  
Sí, eso era.

Y ¿qué era lo que echaba de menos?  
¡Si debo estar agradecida  
por lo mucho que he recibido!

Pero cuando el canario entró en mi vida  
me olvidé de la estrella del atardecer.  
Ya no la necesitaba.

Y fue extraño cómo entró en mi vida:  
El chino que vendía pájaros  
se paró delante de mi puerta  
y me mostró la jaulita con el canario.

No revoloteaba como hacen otros pájaros,  
solo lanzó un pequeño trino.

Y, sin pensar, le dije:

«¿Ya estás aquí, amor mío?».

Desde aquel instante me perteneció.



Aún me emociono al recordar cómo era la vida que compartíamos.

Por la noche tapaba la jaula con una tela  
y al quitársela por la mañana  
él me saludaba con un trino soñoliento.  
Yo sabía que quería decirme: «¡Señora! ¡Señora!».

Luego colgaba la jaula en el clavo junto a la puerta  
y preparaba el desayuno  
para mis tres jóvenes huéspedes.

Más tarde, después de lavar los platos,  
empezaba nuestro ratito de diversión.  
Ponía una hoja de periódico sobre la mesa  
y colocaba la jaula encima.

Entonces el canario sacudía las alas  
con desesperación,  
como si no supiera lo que iba a pasar.  
«¡Menudo actor estás hecho!», le decía yo, riñéndole.

Limpiaba el suelo de la jaula  
y le ponía arena limpia,  
llenaba los comederos con alpiste y agua  
y ponía entre los barrotes unas hojitas verdes  
y media guindilla.

¿Sabes?, estoy segura de que él entendía nuestra rutina  
y le gustaba.

Era muy limpio, nunca manchaba su columpio.  
Y viendo cómo disfrutaba del baño,  
estaba claro que era un amante de la limpieza.

Lo último que le ponía en la jaula era el recipiente donde se bañaba.

Se metía enseguida en el agua. Primero sacudía un ala, luego la otra, después metía la cabeza en el agua y se limpiaba las plumas del pecho salpicando toda la cocina.

No quería acabar el baño y yo le decía: «Ya está bien, ¡qué presumido eres!».

Al final, salía del agua de un salto y se secaba con el pico apoyándose en una sola pata. Luego se sacudía, movía las alas, ensayaba un trino, levantaba la cabeza y...

¡Oh! Me duele recordarlo.



Mientras tanto, yo limpiaba los cubiertos  
y me parecía que hasta los cuchillos  
se ponían a cantar  
cuando les sacaba brillo.

Me hacía compañía, ¿entiendes...?  
La mejor compañía.  
Si has vivido sola sabrás lo importante que es eso.

Es verdad que tenía a mis jóvenes huéspedes  
que venían a cenar  
y que a veces se quedaban en casa  
leyendo los periódicos.

Pero ellos no se interesaban por mí.  
¿Por qué se iban a interesar?,  
yo no significaba nada para ellos.

Una noche oí que hablaban de mí  
y me llamaban «el adefesio».  
No tiene importancia.

Lo comprendo, ellos son jóvenes,  
¿por qué me iba a molestar?

Pero recuerdo que aquella noche  
me consoló pensar  
que no estaba sola del todo.

En cuanto se fueron los huéspedes  
le dije a mi canario:  
«¿Sabes cómo llaman a tu señora?».  
Él ladeó la cabeza  
y me miró con sus ojitos brillantes.

Parecía que aquello le había hecho gracia  
y me eché reír.

¿Has tenido pájaros alguna vez?

Si nunca has tenido pájaros,  
quizá todo esto te parezca exagerado.

La gente cree que los pájaros no tienen corazón,  
que son fríos, distintos de los perros y los gatos.

La lavandera que venía una vez por semana  
me aconsejaba que tuviera un perrito,  
decía que los canarios no consuelan ni acompañan.  
Pero no es verdad, de eso estoy segura.

Recuerdo que una noche tuve un sueño horrible  
(a veces los sueños son muy crueles).

Como no conseguía tranquilizarme,  
me puse la bata y bajé a la cocina  
a beber un vaso de agua.

Era una noche de invierno y llovía mucho.  
Yo debía de estar aún medio dormida,  
porque, al mirar por la ventana,  
me pareció que la oscuridad me miraba,  
como si me espicara.

De pronto sentí que era insoportable  
no tener a nadie a quien poder decirle:  
«He tenido un sueño horrible»  
o «¡Protégeme de la oscuridad!».

Estaba tan asustada  
que me tapé la cara con las manos.

Entonces oí un «¡tuí-tuí!».

La jaula estaba sobre la mesa cubierta con la tela,  
pero le entraba una rayita de luz por una esquina.

«¡Tuí-tuí!», volvió a llamar  
mi pequeño y querido compañero,  
como si me dijera con voz tierna:  
«Aquí estoy, señora, aquí estoy».

Aquello me consoló tanto  
que casi me eché a llorar.

...Pero ahora se ha ido.

Nunca más tendré otro pájaro, otro ser querido.

No podría.

Lo encontré tendido en la jaula,  
con los ojos empañados y las patitas retorcidas.  
Cuando comprendí que nunca más lo oiría cantar,  
algo murió dentro de mí.

Y sentí un vacío en el corazón,  
como si mi corazón fuera la jaula vacía  
de mi canario.

Me iré acostumbrando, tengo que hacerlo.  
Con el tiempo, todo pasa.

La gente dice que tengo un carácter alegre  
y tienen razón.  
Agradezco a Dios que me haya dado este carácter.

Pero aunque no me dejen llevar  
por los recuerdos y la tristeza,  
reconozco que hay algo triste en la vida.  
Es difícil explicar qué es.

No hablo del dolor que todos conocemos,  
la enfermedad, la pobreza y la muerte, no.  
Es otra cosa.

Está en lo más profundo de nosotros  
y forma parte de nuestro ser, como el respirar.

Cuando estoy trabajando y me paro un momento  
noto que ese sentimiento está ahí, esperándome.  
No sé si todo el mundo siente lo mismo.  
¿Quién sabe?

Pero ¿verdad que es asombroso  
que al oír su canto dulce y alegre  
yo sintiera esa tristeza,  
ese sentimiento que no sé explicar?

